

El río de la verdad

Aburrido por la monotonía de la vida, y de oír, ver y sentir, tanta mentira, decidí viajar al mundo mágico. Allí me encontré con Héctor, un elfo amigo mío. Como me vio alicaído le conté el origen de mi visita y me respondió que lo mejor era escuchar alguna historia que me alegrase, y a ser posible, -añadí yo-, sobre la verdad. El elfo pensó y no se le ocurrió nada, pues no tenía habilidad contando historias, pero sabía de unas hermanas hadas que conocían muchas. Allí nos fuimos, al mundo maravilloso de las hadas, también conocidas como musas, por los artistas, o ninfas, normas y walkirias y también ángeles por los cristianos. Pues bien, Héctor me presentó a Idrina e Iridina, las dos hermanas gemelas, que en esos momentos no conocían ninguna historia sobre la verdad, pero conocían quién sabría alguna, su princesa. En su busca fuimos y nos encontramos con la bella Aicila, princesa de las hadas. Su excelencia sí conocía una historia, y tal y como ella nos la contó, os la cuento yo hoy a vosotros.

Cuentan las viejas leyendas, que en el mundo de los humanos existe un río de aguas limpias y puras, que son, la sustancia de la verdad. Dicen que este río es hijo del mar y el Sol. Y es su padre, con su calor, quien sublima el agua de la verdad, que luego es trasladada por las nubes hasta lo alto de la montaña mágica, y allí vierte su contenido en forma de lluvia, que lentamente, al unirse gota a gota, forma todo el trasunto de la verdad.

Como era costumbre, en la primavera, las aguas de la verdad descendieron por la ladera de la mágica montaña, y uno de sus habitantes, al verla, supo que un pariente suyo estaba convaleciente de una enfermedad que no podía ser curada. Este hombre se entristeció mucho, y pensó en lo que sucedería si sus otros familiares se enteraban, todos sufrirían con la mala noticia, y hasta era posible que el propio desgraciado, ni siquiera lo supiese, así que cavó un vericueto para que esa agua que llevaba el rumor de la desgracia no llegase a nadie.

Más abajo un hombre que tenía malos pensamientos, al acercarse al río, vio que éste reflejaba su defecto y tuvo miedo pensando en lo que sucedería si los otros habitantes del pueblo lo veían, sería peligroso para él, así que cavó un canal y desvió el agua que reflejaba su rostro.

El río siguió su curso, siempre hacia el mar, con el fin de realizar el ciclo para el cual los dioses lo habían creado, y se encontró con un estafador que allí sentado en la orilla pensaba como haría para poder sacar dinero a los demás. En un desliz que miró hacia el río, vio que todos sus planes se reflejaban en aquellas aguas y temió que los habitantes de la aldea cercana, pudieran conocer sus intenciones, así que hizo un canal para desviar lo que le interesaba.

Más abajo paseaba un hombre querido por todos, debido a su bondad, nunca decía que no y siempre se encontraba dispuesto a socorrer a los demás. En esos tiempos había un grave problema en su pueblo, pues, el agua del río cada vez llevaba menos caudal, así que pensó hacer otro canal para que llegase más agua a las tierras y las vivificase con su don y todos así pudieran prosperar. Caba durante días y al fin logró su cometido, y el pueblo agradecido le nombró hijo predilecto. Todo esto sucedía al mismo tiempo que los del pueblo de más abajo se entristecían por que aquel año el agua del río era menos abundante.

Siguiendo el curso del río apareció un agricultor muy envidioso, y pensó: Toda esta agua es demasiada para mis vecinos, ellos no tienen las necesidades que yo tengo, ni han labrado la vida como lo he hecho yo, ni han tenido mi mala suerte, así que lo mejor será que agrande mi canal, pues considero que esto es justo. Así lo pensó y así lo hizo.

Después de atravesar vericuetos, pinares y paisajes maravillosos, el agua de la verdad fue poniendo color verde en todo lo necesitado y dando alegría a los corazones y prosperidad a los habitantes de aquel lugar, si bien, con un gran esfuerzo, pues su caudal ya no daba para tanto. Así llegó a una pequeña ciudad y allí se encontraron el río y el prosélito del dios status. Este prosélito vio el río y elucubró cómo hacer para arrancarle riqueza, pensó en molinos de agua, y luego en cosas de mayor envergadura, en centrales hidroeléctricas y mil cosas más y se puso sin más a hacer planes y a construir sus ideas apoyado por otros como él, que veían en la naturaleza y sobre todo en el río, dinero.

El río continuó camino y a sus orillas había un poeta que decía buscar la verdad, así cuando vio las aguas eternas y vio en ellas reflejado su rostro, pensó que era otro, él era un poeta famoso, todos lo estimaban y querían. Los libros hablaban de él, y era un símbolo para los jóvenes, aquellas aguas estaban equivocadas. Así pensando comprendió que no le resultaría interesante que los demás vieran su reflejo, tendría muchas cosas que perder, y además las aguas aquellas mentían, y ya se sabe como es la

gente, podrían empezar a cuestionar lo que él hacía y decía, podrían empezar a preguntarse por qué como poeta siempre hablaba de sí mismo, aunque con otras palabras, podrían pensar que quizá cuando su poesía surgía espontánea era toda ella un elogio a su propia persona, no había paisaje que no tuviera su cara, ni grandeza que no llevara su nombre. Todo lo malo era patrimonio de los demás, pero él, como gran poeta, sabía que la belleza y él, eran la misma cosa. Por lo tanto, resolvió hacer un caudal que sacase su reflejo hacia otro lugar, donde no fuera visto. Así lo hizo y cuando el agua con su reflejo marchaba en otra dirección se sintió aliviado y volvió a hacer poesía sobre sí mismo, pero eso sí, con nombres distintos.

Más abajo la pendiente iba siendo menor, así que el río de la verdad, viajaba más lento, así se encontró con un hombre que se llamaba a sí mismo sabio. Se le ocurrió mirar al agua de verdad y al ver su reflejo empezó a reírse, puso cara de suficiencia y dijo: ¡Dios mío! Qué cara más estúpida, a quién se le habrá ocurrido con una expresión así asomarse al río. Luego pensó, lo desagradable que sería ver una cara semejante, y como buen altruista, evitó que los demás vieran una cara tan tonta, e hizo caudal aparte.

Y el río de la verdad siguió su camino, hasta encontrarse con un optimista. Como se había producido un desprendimiento de piedras y éstas desviaban parte del agua, el río le gritó al optimista pidiendo ayuda, pero no le oyó, porque el optimista, que aunque tenía dos ojos sólo veía por uno, no deseaba observar lo feo del mundo, para no sufrir, porque era débil, y lo único que hizo, fue ver la belleza del paisaje, y suspirar como si fuera él mismo parte de todo aquello.

Más abajo el río se encontró con un pesimista, tenía los mismos rasgos de cara que el optimista y hasta su cuerpo era igual, con la salvedad de que el primero reía y el otro lloraba. El río hizo un esfuerzo por pasar frente a aquella patética figura lo más cantarín y hermoso que pudo, pero el pesimista no le veía, porque estaba pendiente del desprendimiento de rocas que había desviado parte del caudal del río.

Cansado, el río de la verdad llegó al lugar donde habitaban los hombres de religión, y los vio entretenidos sondeando sus aguas, uno miraba los cantos rodados en el lecho y pensó que esa era su agua, así que hizo caudal a parte, otro dijo que el verdor de las algas era su fe, y también hizo caudal aparte y así le siguieron muchos religiosos con sus ideas y creencias, y eran tantos, como colores y matices se puedan contar, y cada uno de ellos hacia su canal, desviando agua para sí mismo y los que pensaban como él.

A orillas del mar había un grupo de escépticos, todos ellos miraban hacia el surco que año tras año, siglo tras siglo, el agua de verdad y vida había ido haciendo, pero no vieron que llegase nada, y entre ellos, con miradas de suficiencia se dijeron sin palabras, que todo aquello era una farsa, que el río de la verdad no existía.

Adolfo Cabañero